

MAIQUEZ Y ROMEA

José Emilio Iniesta González

El propósito de este artículo no es tanto ofrecer una biografía de estos dos geniales actores nacidos en la Región de Murcia, como llevar a cabo una “interpretación” (basada en datos y hechos objetivos, evidentemente) de estos artistas que revolucionaron el teatro español. Cuando Isidoro Máiquez (Cartagena, 1768) comienza su andadura escénica, el teatro en España había llegado a su estado de postración más absoluta. Las escasas obras neoclásicas que se representaban eran frías y aburridas, y sólo interesaban a unos pocos; el gran público, por el contrario, prefería unas piezas posbarrocas pésimamente escritas, por lo general, y si se montaban comedias y dramas de los grandes autores del Siglo de Oro (Lope, Tirso, Calderón), la actuación quedaba deslucida y el texto traicionado por unos cómicos vociferantes y “morcillosos”¹, para regocijo de un público carente de civismo, en el que destacaban tres grupos de alborotadores: los llamados polacos, chorizos y panduros.

Los inicios de Máiquez fueron difíciles, pues ni se le reconocían sus méritos como actor ni él poseía la suficiente seguridad en sí mismo como para desarrollar su arte, por eso fue tan importante su marcha a París, beneficiado con una modestísima beca para estudiar teatro y asistir a las clases magistrales de Talma, no sólo el mejor actor francés del momento, sino un verdadero teórico del arte interpretativo, al que podemos considerar el Stanislavski o el Strasberg de la segunda mitad del siglo XVIII. La transformación de Isidoro Máiquez en Francia fue total, hasta el punto de que Talma, muy poco dado al elogio, consideró humildemente que “el alumno había aventajado a su maestro”.



Retrato de Isidoro Máiquez.

Vuelto a España, los espectadores contemplaron y escucharon asombrados a un renovado Máiquez que encarnaba la naturalidad absoluta y perfecta, que representaba la vida y la realidad en escena, alejándose de histrionismos y actuaciones caricaturescas, y mostrando siempre un absoluto respeto al texto. Protegido por el primer ministro Godoy, Isidoro Máiquez fue el actor ideal para las comedias de Leandro Fernández de Moratín, el gran dramaturgo neoclásico.

Goya, ¡otro genio!, inmortalizó a Máiquez en un vigoroso retrato en el que podemos ver a un hombre bien parecido, de noble rostro, que posa con esa naturalidad de que hacía gala sobre las tablas. Pero, ¡ay!, en los ojos podemos acaso atisbar una sombra de melancolía, y es que a

1. Se llama “morcilla” a toda improvisación del actor, debida en algunos casos al olvido del texto, y en otros a su deseo de hacer reír al público. “Morcillero” es el cómico que suele prodigar esta clase de improvisaciones.

pesar de su inmenso éxito como artista, la vida de Máiquez estuvo marcada por el sufrimiento.

La locura vino a marcar el tramo final de la vida del cómico cartagenero. Se dio en él el caso del actor que confunde su propia personalidad con la de los personajes que interpreta. Galdós, en uno de sus memorables “Episodios Nacionales”², nos presenta a un Máiquez tan metido en la piel de Otelo que incluso trata de estrangular en escena a la actriz que hacía de Desdémona. Leemos el resumen en palabras de Joan Oleza: *En la representación, un actor histórico como Isidoro Máiquez, que actúa en el papel de Otelo, sufre a la vez el embate de unos celos asesinos, de manera que al llegar el desenlace de la obra se dispone a matar no sólo a Desdémona sino también a Lesbia, la actriz aficionada que la representa y la mujer a quien ama y cuya infidelidad descubre. Será Gabriel, que curiosamente juega el papel del malvado Yago, quien impida la muerte de Lesbia en escena y la transformación del asesinato ficticio en asesinato real, esto es, quien impide el triunfo del mito sobre la vida, el triunfo, también, de los celos y las exigencias de la honra sobre el amor.*

Con su salud mental completamente perturbada, Isidoro Máiquez murió en Granada de 1820, el mismo día en que cumplía 52 años.

Distinta fue la personalidad de Julián Romea Yanguas, nacido en Murcia en 1813. Si Máiquez se erigió en el máximo actor neoclásico, Romea imperó durante el Romanticismo. Hombre de sólida cultura, Julián fue no sólo actor sino poeta, dramaturgo, colaborador de periódicos y revistas, y hasta teórico del teatro, lo que demuestra su personalidad culta y polifacética, desmintiendo el tópico de cómico semianalfabeto y trotamundos forjado en España durante los siglos anteriores.



Retrato de Julián Romea.

Actor versátil, también apostó por la naturalidad y la sobriedad en el gesto (los textos románticos ya eran ampulosos de por sí para el cómico encima los exagerara con gritos y aspavientos), destacando además en una dicción perfecta y en una forma de decir el verso que impresionaba a los espectadores.

Quando de la eterna noche / en la inmensidad perdido / pase el viento del olvido / por mi esperanza y mi amor, / sólo te pido, pues fuiste / luz de mi vida y mi gloria, / un suspiro a mi memoria, / y a mi sepulcro, una flor". He aquí unos versos de Julián Romea, impregnados de un romanticismo próximo al de Bécquer. Entre los libros escritos por el insigne autor murciano destaca, por su importancia, el de *Ideas generales para el arte del teatro*, dedicado a sus alumnos de la clase de declamación en el Conservatorio de Madrid, en donde él ejerció de catedrático durante años.

2. En “La corte de Carlos IV”, segundo episodio de la primera serie de los Episodios Nacionales.

Julián Romea dio ya desde niño muestras de su afición al teatro en su Murcia natal. Trasladado a Madrid, ingresó en 1831 en la recién creada Escuela de Música y Arte Declamatorio. El maestro de Romea fue el insigne Carlos Latorre, que a su vez era considerado un continuador del teatro “realista y lleno de naturalidad” de Máiquez, por lo que bien puede hablarse de una relación de continuidad entre el cómico cartagenero y el murciano. (Buena prueba de la admiración que Romea sentía hacia Máiquez, al que jamás vio actuar, es que a instancias de Julián y de su esposa, Matilde Díaz, se erigió un monumento en Granada en memoria del gran actor cartagenero, donde se hacían constar los éxitos de este.)³ Cuando Latorre marchó a París, Romea lo sustituyó temporalmente en la obra “El testamento”, de Delavigne, en abril de 1833, un clamoroso éxito de público, a pesar de las reticencias de Larra. Pero la consagración definitiva de Romea fue el estreno de “Los amantes de Teruel”, de Juan Eugenio Hartzenbusch. La función constituía un merecido homenaje al actor Carlos de la Torre. En este caso, el entusiasmo del público coincidió con la opinión de la mayoría de los críticos. Debemos decir que ya anteriormente las actuaciones de Romea con grupos de aficionados habían llamado la atención del poeta Quintana y de un duque de Rivas recién regresado de su exilio. A partir de ese momento, el genial actor murciano realizará una meteórica carrera que lo llevará a la cima del teatro romántico y a la del naciente teatro realista.

Merece capítulo aparte la vida familiar y sentimental de Romea. Casado en 1836 con la insigne actriz Matilde Díaz, esta acabaría abandonándolo en 1853 para formar parte de la compañía de su amante, Manuel Catalina, un cómico rival de Romea. Pero debemos decir que Julián Romea, según alguno de sus biógrafos, ya



había mantenido numerosos escarceos con otras compañeras de reparto, así que Matilde no hizo sino pagarle con la misma moneda. Sea como fuere, tras su separación, Romea mantuvo una breve relación sentimental con la cómica Josefa Palma y otra, más larga y estable, con la también actriz Aurora Cañizares, el gran amor de sus últimos años.

En 1862, regresó a Murcia para inaugurar el espléndido “Teatro de los Infantes”. Tras la muerte del artista murciano, hecho acaecido en Loeches, en verano de 1868, la murciana plaza hasta ese momento llamada “de los duques de Montpensier” (antes “del Esparto”) pasó a ser oficialmente “de Romea” por decisión unánime del Ayuntamiento, pero a pesar del deseo de todos los murcianos, el Teatro de los Infantes, llamado Teatro de la Soberanía Popular tras el destronamiento de Isa-

3. En 1840.



bel II, no recibió el nombre actual de “Teatro de Romea” hasta el 6 de mayo de 1872, casi diez años después de esa memorable actuación de don Julián (26-X-1862), con la que él había inaugurado el coliseo de su ciudad natal.

Pero quizás el episodio más escabroso de la vida de Romea, que pocos biógrafos suyos han querido abordar, es su posible participación en un duelo a pistola con el periodista y crítico teatral Ignacio Escobar. Según Antonio Martín Escorza *los duelos con periodistas venían de lejos. Ya en 1839 tuvo lugar uno de lo más comentado. Ignacio Escobar era crítico teatral y había puesto verde al actor Julián Romea y este retó a duelo al crítico. Los dos eran tan malos tiradores que no acertaban; Romea, que como actor era grande, pero como duelista un desastre, apretó el gatillo al tuntún, con tan mala fortuna que uno de sus padrinos cayó fulminado. Un final trágico que hubiese merecido ser llevado al cine por Berlanga... con guión de Azcona, eso sí. Y aunque algunos biógrafos corren un tupido velo sobre la incómoda cuestión, casi todos señalan, como Ledesma, que Romea poseía un carácter impetuoso y apasionado que le ocasionó serios disgustos en la vida.*

Mariano José de Larra, en un artículo suyo llamado “Yo quiero ser cómico”, critica con sarcasmo la ignorancia y cerrilidad de los actores españoles. Creo sinceramente que Larra, siempre admirable como escritor, es aquí notoriamente

injusto, y lo es por dos razones: primero, porque no tiene en cuenta ese talento innato (se tiene o no se tiene) que a veces han mostrado para las artes escénicas personas nacidas en ambientes humildes y poco cultivados, quienes mediante al entusiasmo, el amor a su profesión y el trabajo constante, lograron luego progresar artística e intelectualmente; segundo, porque conocemos nombres de actores y actrices de aquellos tiempos que se esforzaron en estudiar arte dramático y adquirir una formación completísima, y estos son los casos, entre otros, de Isidoro Máiquez y Julián Romea. Sirva este modesto artículo de homenaje a ellos dos, así como a las gentes del teatro y el cine vinculadas a esta tierra nuestra: Fernando Díaz de Mendoza, José Nieto, Anastasio Alemán, Gustavo Pérez Puig, Ángel Fernández Montesinos, Francisco Rabal, José Caride, Elena María Tejeiro, César Oliva, María Jesús Sirvent, Margarita Lozano, Juan Meseguer, Antonio y José Luis Morales, Ginés García Millán, las dinastías Ibarra y Pineda, así como una larga lista de nombres entrañables.

BIBLIOGRAFÍA

- Cepeda Celdrán, V.: *Isidoro Patricio Máiquez Rabay: un cartagenero universal*. Cartagena, 2004.
- Colao, Alberto: *Máiquez, discípulo de Talma: ensayo sobre una estética teatral*. Ayuntamiento de Cartagena. Cartagena, 1980.
- Espina, A.: *Seis vidas españolas (incluye las de Máiquez y Romea)*. Taurus. Madrid, 1967.
- Espina, A.: *Romea o el comediante*. Espasa-Calpe. Madrid. Madrid, 1935
- Ledesma, J.: *Breves apuntes biográficos sobre Julián Romea*. Tipografía San Francisco. Murcia, 1929.
- Martín Escorza, A.: *Reporteros de pluma y espada*. Suplemento del diario El Mundo. Diciembre de 2003. Número 428.
- Oleza Simó, J.: *Lecturas y lectores de Clarín*. Universidad de Oviedo. Oviedo, 2002.
- Pérez Galdós, B. : *La corte de Carlos IV* (segundo episodio de la primera serie de los *Episodios Nacionales*). Club internacional del libro. Madrid, 2005.
- Reyes, A. de los: *Julián Romea: el actor y su contorno*. Academia Alfonso X. Murcia, 1977.
- Romea, J: *Ideas generales sobre el arte dramático*. Editora Regional. Murcia, 2003. (Facsimil de la edición original. Imprenta de F. Arienzo. Madrid, 1858).